



XXVIII

—*Está vd. para bien saber, y . . . yo para mal contar* que era yo chirriquitina . . . así . . . como ese rosal. Tengo buena memoria, de todo me acuerdo, pero me parece que veo las cosas de ese tiempo como entre sombras, como en el fondo de una calle oscura . . . ¡Hace ya tantos años! Recuerdo que vivíamos en una ciudad muy grande, no sé si en Puebla ó en México. Acaso en México, porque los edificios eran hermosos y altos, y veía yo desde el balcón muchos coches que iban y venían.

Estábamos, sin duda, en la miseria; algunas veces pedía yo pan y no había pan para mí. Mi madre, Dios la tenga en el cielo, me abrazaba y se echaba á llorar: «Linilla,—me decía—Dios nos

dará pan; vamos á pedírselo.» Y me ponía de rodillas, y me hacía rezar, con las manos juntas sobre el pecho, como un angelito de esos que vimos el otro día en la capilla de San Antonio.

Mi padre era militar, andaba siempre en la guerra, ó en conspiraciones, y por eso sus enemigos, los del partido contrario, le perseguían de muerte.

No le vi más que una sola vez. Habían triunfado los suyos y vino á vernos. Trajo mucho dinero, y nos compró ropa y muebles, y á mi dulces y juguetes, y un rorro muy lindo, de cabellos rubios y ojos azules, que decía *papá* y *mamá*. No he olvidado á mi padre: era un caballero alto, de ojos muy hermosos, con unos bigotes muy retorcidos. Me abrazaba cariñosamente, me besaba, y alzándose exclamaba:—«¡Lina! ¡Linilla! ¿Quién es mi encanto? ¿Quién es mi presea? ¿A quién quiero yo mucho, mucho mu cho!»

Pero un día se fué á la guerra. . . . ¡Siempre la guerra y las revoluciones! Se fué muy de mañana, é iban con él oficiales y soldados. Salimos á decirle adiós. Me tomó en brazos, me besó los ojos, abrazó á mi madre, luego montó á caballo, y nos dijo: «¡Hasta la vista!» y partió. No volvimos á verle. Tres años duró esa guerra. Él

estaba en no sé qué Estado lejano, y nosotras nos quedamos esperando su vuelta.

Un día recibió mi madre una carta. Mi padre nos llamaba. Fué preciso obedecerle, y después de vender cuanto teníamos, muebles, ropa, todo lo que había en la casa, emprendimos el viaje, solitas, en un carruaje que daba muchos tumbos y que hacía mucho ruido al rodar en los empedrados. Caminábamos de día y de noche, y sólo nos deteníamos en las posadas para dormir y descansar unas cuantas horas. Antes de amanecer, otra vez al carruaje, otra vez á los caminos desiertos, temerosas de los ladrones. Solíamos pasar por algunos pueblos. El coche se detenía, bajábamos para ir á la fonda, comíamos, y vuelta á caminar. Un día mi mamá se quejó diciendo que le dolía la cabeza. Tenía fiebre, y fué preciso quedarnos en un pueblo, en un mesón. Dormía yo con ella, y recuerdo que ardía en calentura, que su cuerpo quemaba como una brasa. Despertaba yo á media noche, y decía yo: ¡Mamá! ¡Mamá! Y no contestaba, permanecía como muerta. Una vez, viendo que no me respondía, me eché á llorar. . . . Entonces mi mamá volvió en sí, y me arrojó diciendo cosas que yo no entendí, cosas muy raras. Papá me ha contado

que mi madre tenía tifo. La mesonera llamó al señor cura, y cuando éste llegó la enferma había perdido el conocimiento. Vino el médico del pueblo y declaró que ya era tarde, que la agónia estaba próxima!

—No vivirá una hora... —dijo— Padre, póngale los óleos!

—Esta criatura no debe estar aquí... —respondió el sacerdote, poniéndose la estola— que la lleven á mi casa!

Yo no quería separarme de allí. Resistí, lloré, sollocé... pero ¡en vano! Era yo una chiquitina de siete años, y, sin embargo, comprendí lo que pasaba: que no volvería yo á ver á mi madre. Lloraba yo y mis lágrimas eran lágrimas de inmenso dolor. Mi madre se moría; no había de verme más. Me llevaron á la casa cural. Allí nada me divertía ni me consolaba; pasé el día sin comer, huraña, renuente á las atenciones del padre y á los obsequios de una anciana, ama de gobierno de aquella modesta casa. Me acurriqué en el sofá, y allí me rindió el sueño, y de allí me llevaron á la cama. A media noche desperté, llorando, llamando á mi mamá. La anciana vino á verme, me arropó y se estuvo acariciándome hasta que me quedé dormida. A la mañana, ape-

nas abrí los ojos, pregunté por mi madre. Me dijeron que estaba en el cielo. La anciana me lavó, me vistió, y me dió el desayuno. Para distraerme me llevaron á la sala, y me dieron juguetes, muñecos de nacimiento, pastores y pastoras, cabras, ovejas, una casita de cartón, un molino, con su rueda que daba vueltas movida por un chorro de arena.

Quando el sacerdote volvió de la iglesia me sentó á su lado y me hizo muchas preguntas: "*¿Cómo te llamas? ¿Cómo se llama tu mamá? ¿Tienes papá?*" No sé lo que respondí... El señor cura dice que de mis respuestas sacó lo bastante para saber quiénes éramos, quién era mi padre. Encontró en el baúl cartas y papeles, documentos que le dieron noticias acerca de la residencia de mi padre. Le escribió inmediatamente, dándole la fatal noticia; pero la carta no llegó á sus manos. Volvió á escribir y no recibió contestación. El autor de mis días había muerto también. Pereció en una escaramuza. Su cadáver fué arrastrado y paseado como trofeo de gloria, al són de músicas victoriosas, por una soldadesca ebria que celebraba un triunfo inesperado. El señor cura se dirigió entonces á unos parientes míos, los cuales se negaron á recogerme...

“No queremos niños;—le contestaron—no queremos huérfanos; son ingratos, tarde ó temprano dan el pago.”

Me han contado que cuando el santo anciano recibió la carta de mis parientes, exclamó: “¡Corazones de piedra! ¡Dios los perdone! ¿Él trajo esta niña á mi casa? Pues mía es.” Luego me llamó, y tomando entre sus manos mi cabeza, me dijo dulcemente: “*Muñeca: desde ahora yo soy tu padre; yo soy tu papá.*” *Papá* le llamo desde entonces; desde entonces me llama *muñeca*. Algunas veces me dice *Linilla*, como mis padres me decían.

Angelina había terminado el ramillete, un ramillete de violetas, y me le acercó para que aspirara yo el suave aroma de las flores.

—¿Linilla? ¿Linilla te decían? Pues Linilla he de llamarte yo! Siga el cuento....

—¿Cuento? ¡Historia de dolor!

—Prosigue.

—Así, de ese modo, fuí á la casa del padre; padre ha sido para mí, y muy tierno y cariñoso. Lo demás ya lo sabes; te lo habrán dicho tus tías...

—¿Y esa es la triste historia de tu vida? ¿A qué decirme, Linilla mía,—repuse—todo esto que me apena y aflige? ¿A qué poner en duda mi

cariño, que en duda le has puesto cuando me desgarrabas el corazón, diciendo que no eras digna de mí? ¿Indigna de mi amor, Linilla mía? ¿Por qué? ¿Porque has sido desgraciada, porque eres huérfana? Al contrario, niña mía: ¿qué mayores motivos para ser amada?

Angelina se quedó cabizbaja, como atormentada por un triste presentimiento, como temerosa de decir algo que la avergonzaba.

—Habla!... Contéstame!...

La huérfana callaba, baja la frente, mientras abría con la punta de los dedos el apretado seno de una rosa pálida.

—Linilla.... ¡no seas cruel!

Suspiró penosamente, sacudió la cabeza para echar hacia atrás una trenza que le caía sobre el hombro, y murmuró bajito, bajito, tal vez deseosa de no ser oída:

—Aun no he dicho todo.... y debo decirlo. ¡Óyeme, por piedad! No quiero decirlo... pero el corazón me grita: ¡Habla! ¡Habla!

—Pues, dímelo!

—Sí, Rodolfo: no soy digna de tí. Tú mismo lo has dicho muchas veces, delante de tus tías, delante de mí.

—¿Yo, Angelina?

—Sí.

—¿Yo?

—Sí, y ¡cómo me has hecho llorar!

—¿Yo, Angelina?

—Muchas veces. ¡Para qué viniste! ¡Para qué te conocí? Rodolfo: ¿por qué me amas? ¿Por qué te amo yo? ¡Qué de lágrimas me cuesta tu cariño! Mira: si no merezco que me ames, olvídate, olvidame; me iré de aquí, llorando, si, llorando . . . pero me iré, á la Sierra, á cualquiera parte. . . . Tú puedes ser feliz. Apenas empiezas á vivir. . . El corazón humano es mudable; llegará día en que me olvides. . . Amarás á otra, y serás amado, y serás dichoso!

—Angelina:—repliqué suplicante—¿á qué viene todo eso?

—Óyeme: este pobre corazón mío, no había amado nunca: llegué á esta casa y me hablaron de tí; me dijeron que eras huérfano, huérfano como yo, y me fuiste simpático; y me dijeron que eras bueno, muy bueno, y me interesé por tí; leí tus cartas, vi tu retrato, y hallé que eras como yo te había soñado; viniste, y me estremecí al oír tu voz; me hablaste. . . . ¿te acuerdas? y se ahogó la voz en mi garganta, y palpité mi corazón trémulo de amor. Después. . . . ¡á qué

decirlo! Me dijiste: *te amo*, y quise callar, y no pude; y cuando intenté matar tu cariño con una palabra desdenosa, se abrieron mis labios, y dijeron: *¡yo también te amo!*

—Sí, te amo, Angelina!

—Óyeme. Me has lastimado el corazón; has entristecido mi alma. . . . Pero te perdono, te perdono, porque lo has hecho sin saber lo que hacías. . . . Estoy segura de ello.

—¿Cuándo y cómo?

—Dijiste una vez. . . . y lo has repetido muchas veces. . . . *jamás me casaré con quien no sea digna de mí; y no es digna de ser esposa de un hombre honrado aquella cuyos padres. . . .* Lo diré de una vez. . . La unión de los míos no tuvo la bendición del Cielo.

—¡Perdón!—murmuré.

La huérfana calló, y de sus ojos húmedos se desprendieron dos lágrimas que cayeron en las violetas como dos gotas de rocío.

—¡Perdón!—repetí, estrechando á la joven entre mis brazos, y atrayendo su gallarda cabeza.

—¡Perdóname, Linilla!

Y sobrecogida de espanto me apartó dulcemente.

—¡Cómo no perdonarte! Si te amo con toda

el alma. . . . Ya sabes quien soy. . . . En mi vida no hay nada que me avergüence. . . . pero en los míos. . . . ¡Ya lo sabes todo! . . . Te hice sufrir, ¿verdad? Sí, porque estás llorando. . . . ¡Perdóname! . . . Era preciso. . . . Más tarde habrías dicho que yo te había engañado.

Tomé las manos de la joven y las llevé á mis labios. Ella, sonriendo, las retiró, diciéndome graciosamente:

— *Y el cuento que entró por un caminito de plata salió por un caminito de oro.*



XXIX

La revelación de Angelina me dejó triste, abatido, avergonzado. Entonces me di cuenta de ciertas melancolías de la niña, cuando yo hablaba de bodas y noviazgos. Me propuse calmar el ánimo de la doncella, quitarle, en cuanto fuera posible, la mala impresión que mi ligereza y mis imprudentes palabras le habían causado, y lo conseguí. Le hice ver que mi poca reflexión no debía ser motivo de disgusto, y puse todo mi empeño en que comprendiera que cuanto yo había dicho no era más que la repetición de opiniones leídas en no sé qué libro, oídas á no sé qué personas. Nunca pensé que hería á Angelina en lo más vivo; jamás pude imaginar que la pobre niña supiese la historia de su infeliz madre. Yo también la ignoraba, por culpa de mi

tía, quien siempre se rehusó á contarme cómo y de qué manera fué Angelina á la casa del P. Herrera, del cariñoso anciano, del santo sacerdote que veía, y con razón, en su hija adoptiva, un ángel bajado del cielo para alegrar las tristes horas de su vida rural. Y no me costó poco trabajo conseguir que mi amada olvidara mis dichos inoportunos y crueles. Fallos, juicios y opiniones oímos en el mundo que nos parecen atinados y justos, y los acogemos ligeramente, los repetimos, los hacemos nuestros, y suele suceder que más tarde caemos en la cuenta de que hemos repetido una tontería.

Linilla—asi la llamé en lo de adelante—no volvió á tocar el punto, y siempre se mostró conmigo afable y satisfecha. No salía yo á la calle más que á las horas de trabajo, y al volver del despacho me pasaba yo las horas al lado de la huérfana, cada día más enamorado de ella. Una ó dos veces, en toda la temporada, fuí á las rifas de Navidad, que congregaban todas las noches en la Plaza á los pacíficos habitantes de Villaverde. Ni juegos ni músicas me eran gratos; no paraba yo atención en la hermosura de mis paisanas, ni en la elegancia y gallardía de Gabriela.

—¿No vas á las rifas?—decían mis tías.

—No me divierto; prefiero quedarme en casa, leyendo ó conversando con ustedes.

—¡No pareces muchacho, Rorró! . . . —replacaba la enferma.

—Todos los jóvenes de tu edad se parecen por ir allá;—decía tía Pepa—sólo tú, como un viejo chocho, te estás entre las cuatro paredes.

Allí estaba yo bien, cerca de Angelina. No me cansaba yo de mirarla: cada palabra suya era para mí un poema. Era yo muy dichoso. ¡Qué mayor ventura que no separarme de su lado!

Uno de los boticarios puso á mi disposición todos sus libros, doscientos ó trescientos volúmenes de versos y novelas. Entonces leí mucho, en voz alta, mientras trabajaban Angelina y mi tía; entonces hice muchos versos, muchos, diariamente. Angelina era en ellos celebrada con un calor y un entusiasmo tales que la buena niña se sonrojaba al oírlos.

—No digas esas cosas, Rorró,—solía decirme,—porque no las creo. ¡Si me pintas hermosa y gallarda como una virgen de Murillo! Dime en prosa, aquí, hablándome, que me amas mucho, mucho, y me tendrás contenta, satisfecha y feliz.

Angelina no era hermosa como una virgen de

Murillo, pero sí lo era como alguna de Rafael, como la Madona de la silla. No puedo ver el famoso cuadro sin recordar á la doncella. Idéntico el óvalo del rostro, y la sonrisa, y la mirada, y los labios dulcemente expresivos.

A las veces, después de pasar en mi cuarto largas horas, salía yo con el papel en la mano, aprovechando el momento en que Angelina se quedaba sola.

—¿Versos? ¿Versos para mí, no es eso?

Y me los arrebatava; los leía en voz baja, sonriente y ruborosa, mientras yo, colocado á su espalda, la iba siguiendo en la lectura.

—¡Bonitos!—exclamaba—Pero todas estas cosas me gustan más cuando me las dices sin pensarlas. No sé por qué, pero los versos me parecen siempre graciosas mentiras!

Doblaba la hoja, se la guardaba, y me señalaba un asiento:

—Aquí, cerca de mí. Dime, Rorró: ¿me quieres así, tanto como dices, como yo te quiero á tí?

Comenzaba la conversación, y seguía, y pasaba el tiempo, y no sentíamos correr las horas, felices, dichosos, con la dicha de los que aman y son amados.

Nos dió por la jardinería. Preparamos los cua-

dros y sembramos rosales, claveles, lirios, azucenas, que nos prometían para la próxima primavera abundantes flores. Plantamos en torno de la fuente la flor preferida, la encantadora florecilla azul, la dulce myosotis, tan querida de los enamorados.

¡Qué cuidado con nuestras plantas! ¡Qué deseo de que florecieran pronto! Dividimos los arriates en dos partes. Linilla sembraba una, yo la otra.

—¿Dónde brotará la primera flor? ¿En mis cuadros ó en los tuyos?

—En los míos, porque yo te quiero más que tú á mí!

—No; en los tuyos no será porque no me quieres como yo te quiero. . . .

—Ya lo verás.

—Ya lo veremos.

El amor y la dicha de ser amada embellecían á la joven. Nunca más hermosa. Su pálido rostro tomó suaves tintas de rosa; sus labios, antes descoloridos, se encendieron, y sus negros y brillantes ojos fulguraban húmedos y alegres. Ella, siempre tan modesta y enemiga de galas, se tornó presumidilla. Peinaba graciosamente sus ca-

bellos, y solía adornarse con alguna flor; de ordinario con entreabierto capullo de rosa, purpúreo ó blanco, que hacía parecer más intensa la negrura de aquel pelo sedoso, negro como las alas del cuervo. Todas las noches, al despedirnos, le decía yo:

—Linilla: esa flor

Angelina desprendía de sus cabellos la deseada flor, y me la ofrecía por alto, como se ofrece á un niño el incitante fruto acabado de cortar.

Yo me fingía enfadado:

—¿Así, señorita?

—Así, caballero!

—No; como tú sabes

Linilla sonreía, besaba la flor, y me la daba. ¡Inolvidables besos! ¡Dulces besos recogidos en la corola de una rosa!




XXX

Tuvimos una fiesta de Navidad muy alegre, como nadie se la esperaba. Andrés vino y dijo á mis tías:

—Señoras; es preciso que tengamos fiesta. En años pasados la Noche Buena estuvo para nosotros muy triste Ahora no ha de ser así, no, señor, porque quiero que el amito esté contento. Todo corre de mi cuenta. A ustedes les tocará lo más penoso, disponerla, y hacer los buñuelos. ¡Sin buñuelos no hay Noche Buena! Allá vd., Angelina, vd. que se pinta para todo eso! Pondremos la mesa en la sala, y vd., doña Carmelita, cenará con nosotros. No habrá nacimiento ¿Quién nos mete en dificultades? Yo bien quisiera, para que el amito se acordara de cuando era *coconete*. ¿Te acuerdas? Pues ahí, en la

bodega, en un cajón, están guardadas las casitas, y los pastores, y los rebaños, y el portal, y todo! Si tus tías quieren, hasta nacimiento habrá, Rodolfo.

Tía Carmen, con su buen humor de siempre, se soltó hablando:

—¿Pues sí, por qué nó? Mañana nos ponemos á la obra, y la fiesta saldrá muy lucida. Programa: cena á las ocho de la noche; después acostaremos al niño, y luego: ¡á la misa del gallo! La madrina será....

—¿Quién?—preguntó Andrés—¿Gentes de fuera? Nó, nó, que todo quede en casa! Pero, en fin, que Rodolfo decida....

—Gente de la casa,—contesté—como quiere Andrés; pero, de cualquiera manera, vendrá mi maestro.

—¿Don Román?—exclamó tía Pepilla—No vendrá, Rorró, no vendrá.... El pobrecillo no está para esas cosas!

—Le traeré yo, si no está con el reuma; le traeré yo, y estará muy contento, y para que no tenga que salir á la calle á media noche dormirá aquí. Angelina y él serán los padrinos.... ¿Se aprueba lo que propongo? ¿Sí? Pues.... ¡Apróbalo!

¡Qué gratamente que pasamos la noche! A medio día ya estaba listo el nacimiento. El cariño de las tías había conservado mis juguetes, y con ellos bastó y sobró para el nacimiento. Me sentí un chiquillo, como si tuviera yo seis años, á la vista de objetos que fueron para mí, en mejores días, motivo de fiesta y diversión. Con qué cuidado saqué de la gran caja, uno por uno, temeroso de romperlos, aquella multitud de zagalas y rabadanes que tejían danzas cerca del portal, y aquellos magos que seguidos de criados y soldados, tan suntuosos de vestidos como sus señores, y jinetes en caballos, elefantes y camellos, debían ser lo más lindo de aquel belén que tendría chozas y palacios, caminos de hierro y barcos de vapor, volcanes nevados, cascadas de brea, lagunas de cristal pobladas de ánades y garzas, catedrales y mezquitas, feroces beduinos y apuestos charros mexicanos que perseguían con el lazo al aire las reses montaraces. El portal... ¡Qué portal! ¡Una maravilla!

Fué obra de tía Carmen: era un portal lindísimo, de cristal, con estrellas, soles y cometas, y ángeles, y serafines, y arcángeles que tenían en las manos bandas de seda con letreros dorados que decían: *Gloria in excelsis Deo*. Mi tía Car-

men le hizo con prismas y candeleros de cristal, y fué el encanto de cuantos le vieron. La enferma no pudo esta vez ponerse á la obra, pero la dirigió, y todo salió á medida del deseo. Desde su sillón atendió á todo. Todo estaba listo al fin del día, y el regocijo era general. Desde tía Carmen hasta señora Juana todos parecían niños en aquella casita. Angelina estaba atareada, friendo los buñuelos, y tía Pepilla iba y venía más alegre que una sonaja. De cuando en cuando nos asaltaba el temor de que la enferma tuviera un ataque, y esto malograra nuestra fiesta, pero felizmente no sucedió así. A las seis salí en busca de don Román. El pobre viejo se envolvió en su raída capa, se apoyó en mi brazo, y, pian pianito, hasta la casa! El pobrecillo vino muy cargado: traía algunas libras de confites, para obsequiarnos. Era el padrino, y debía hacerlo.

A las ocho ya estábamos en la mesa. La enferma accedió á nuestro deseo y vino á presidir el banquete. Al lado de ella se colocó don Román, en el otro tía Pepilla y Andrés. Angelina y yo ocupamos el lugar acostumbrado. Pocos platillos: rica sopa de almendra, *sopa de la pelea pasada*, como decía don Román; un plato de pescado, el afamado *bobo* de los ríos veracruzanos,

con la ensalada del día: lechuga con aceite y vinagre y algunos rabanillos, los precoces purpurados de la hortaliza, chiquitines, rechonchos, enredándose en los anillos de la bien desflepada cebolla; frijoles, (cómo habian de faltar) buñuelos de arroz, los más exquisitos á juicio de las tías, y una tacita de té. No faltó el vino, un par de botellas, obsequio del Dr. Sarmiento, escondidas dos ó tres años en el fondo de una cómoda.

Reímos, charlamos, recordaron los viejos sus buenos tiempos, hablamos los jóvenes de nuestra dicha, y la velada se pasó del modo más alegre.

A las diez y media, cuando los campanarios de Villaverde soltaron el primer repique, encendimos el nacimiento, y las padrinos acostaron el niño en su lecho de pajas. Andrés quemó en el patio una docena de cohetes, y el pomposísimo distribuyó sus cucuruchos de confites.

—Ustedes perdonarán la cortedad... pero... los tiempos no están para lujos!

Y agregaba:

—Dios pagará á ustedes este buen rato.... ¡De veras, de veras, si me parece que tengo veinte años!

Angelina y tía Pepilla nos dejaron para aten-

der á la anciana que ya suspiraba por su lecho; don Román buscó el suyo, y Andrés se quedó conmigo en espera de Angelina y de mi tía que irían con nosotros á la misa del gallo. No tardaron en volver.

—¡Vámonos, vámonos,—murmuraba la anciana—que pronto darán las doce! ¡A misa, niños! ¡A misa, Andrés!... ¡Fiesta completa!

¡Inolvidable Noche Buena! ¡Qué poco necesita el hombre para ser feliz!



XXXI

Por aquellos días recibió Angelina una carta del P. Herrera. En ella le anunciaba que pasadas las fiestas de Navidad le tendría en Villaverde.

«Allá voy, muñeca;—le decía—es justo que después de los trabajos y fatigas del Adviento me dé yo mis verdes. Viejo y enfermo, este pobre cura todavía tiene ganas de subir y bajar. Además, me muero por ver á mi Linilla! Buena falta me haces aquí. Francisca ya no sirve para nada; cada día está más chocha, y todo se le va en gruñir y regañar. Ni yo me escapo. El otro día me echó una loa, que ni aquellas con que los inditos te hicieron reír tanto en la fiesta de Xochiapan. La pobre Francisca está más vieja que yo, y ya es tiempo de ello: tiene largos los se-

tenta y cinco, y ha trabajado mucho. Ya es fuerza que descanse. Si tú estuvieras aquí sería otra cosa; ya sabes cuánto te quiere; habría menos gruñidos y menos regaños; los altares tendrían manteles limpios, y las albas menos rasgones; me leerías algo todas las noches, aunque fuera para que los libros no se estuvieran arrumbados en el armario; jugaríamos un partido de ajedrez, y la vida de este cura sería menos fastidiosa en este destierro. Por aquí todo está tranquilo; ni asaltos, ni robos, ni temores de *bola*. Me quieren mucho *ciertos bichos* que tú sabes, y no hay temor de que me den un mal rato. Tan seguro estoy de ello, que casi casi me resuelvo á que te vengas al pueblo. Pienso en ello mucho; seguiré pensándolo, y Dios dirá! Por ahora ve disponiéndome el cuartito; no te metas en lavaduras de suelo, y mientras nos vemos y te doy un abrazo, recibe la bendición de este pobre viejo.»

Quando Angelina leyó esta carta se puso pensativa y triste.

—Temo separarme de tí, Rorró. Pero ¡qué he de hacer! No necesito que él me lo diga; comprendo muy bien que hago falta. ¿Te figuras cómo estará aquella casa? Ya me la imagino, desaseada, inmunda. Señora Francisca ya no está

para fiestas, y mi deber, mi obligación es estar allá, con el santo anciano que tanto necesita de quien le vea y le mime. Bueno, es cierto, hago falta allá pero aquí ¿quién cuidará de tu tía? ¿Doña Pepita? La pobrecita ya no puede Sólo de pensar en eso me apeno y me aflijo. Yo sé muy bien que si le digo al señor cura que no quiero ir, no me lo exige, pero

—Haz lo que él te diga.

—¿Y te dejas, y me separo de tí? ¿Quieres que me vaya?

—No, Linilla mía; pero lo primero es lo primero.

—¡Si no puedo creer en esta separación! ¡Si nunca pensé en ella! La vida lejos de tí no será vida, no, sino agonía lenta, horrible, desesperante Pienso que puedo separarme de tí, y siento que se me hace pedazos el corazón.

—Piensa que tu deber es cuidar del pobre anciano. ¿No te dice claro en esa carta, que si tú estuvieras allá su vida sería más alegre? Pues obedécele sin chistar. ¡No temas por tía Carmen! Cuanto á mí cualquier día, el mejor día, tendré que dejarlas

—Razón de más para que no me separe de ellas

—No, Linilla; yo te lo agradezco, ganas mucho en mi cariño, pero antes que yo y que mis tías está tu protector, tu padre, que padre ha sido para tí ese buen anciano.

—Tienes razón. Será lo que Dios quiera, lo que Dios quiera! Ya no me verás triste. Si el señor cura dice: vámonos,—me iré, y me separaré de tí muy contenta, muy alegre. Ya lo verás: no lloraré; ni una lágrima saldrá de mis ojos, y eso que parezco una chiquitina, y por cualquiera cosa ya estoy llorando.... ¿Me escribirás? Cada semana, todos los días si es posible... Yo también te escribiré.... ¿Me darás tu retrato? ¿Irás á verme? ¡Con qué ansia he de esperar tus cartas! Y las leeré muchas veces, muchas, hasta que me las aprenda de memoria....

—Y yo, Linilla, no haré más que pensar en tí; pensar en la muñequita, que estará triste, tristísima, porque vive lejos de su Rodolfo!

—Y no pensarás en otra, y no verás á otras muchachas, porque yo lo sabré... Y no irás á la Plaza á oír á Gabrielita....

—¡Linilla! No pienses mal de mí....

—Gabriela es guapa, elegante, y qué cosa más fácil que tú....

—Me enojo, Linilla!....

—No; es pura chanza!.... Pero, seriamente: ¿verdad que no pensarás en otra, aunque sea linda, hermosa, mejor que yo?

—Te lo juro, Angelina....

Un campanillazo la separó de mí, y yo tomé el sombrero y me fui á la casa de Castro Pérez.

Aun no llegaba el jurisperito. En la puerta estaban las señoritas. Salían de arreglar el despacho. Al verme se detuvieron á charlar conmigo.

—Tarde viene vd....

—¿Tarde? Acaban de dar las nueve....

—No, no es tarde;—me dijo la menor, Teresa, una rubia desabrida y vana,—nunca es tarde para los enamorados....

—¡Cállate! ¡Cállate mujer!—¡Qué dirá el señor!—exclamó su hermana, la pianista, una morena vivaracha y parlera.

—Déjela vd., Luisa... ¡Que diga lo que quiera!... Veamos: ¿á qué viene eso de los enamorados?

Me pareció que habían adivinado mi secreto, lo cual, aunque en cierto modo me contrariaba, tenía para mí algo halagador.

—¿Quiere vd.—replicó la rubia—que le endulcemos el oído?

—¡Jesús, mujer!—volvió á exclamar hipócritamente la morena—¡Qué libertades gastas!

La chiquilla se echó á reir.

—Yo no quiero nada, señorita... —respondí.

A lo cual contestó:

—Como al señor le ha dado por la música...

¡Así lo cuentan en todo Villaverde!

—¡Cuentan en Villaverde tantas cosas! Sí; me gusta la música... desde que oí tocar á Luisa.

La morena se sonrojó. Teresa se soltó diciendo:

—¡Adiós! Pues no sé cómo, porque ésta toca muy mal! Tocar bien, como una profesora... Venga vd. acá,—y me sacó hasta el zaguán—venga.

—¿Ve vd. aquella casa, aquella, la nueva, la que está pintada de gris? Pues ahí vive una persona que toca mejor que Luisa... ¿No lo sabía vd?

—¡Ah! Sí, la señorita Fernández.

—¡Sí! Ésa!... —murmuró maliciosamente la parlanchina.

—¿Y qué?

—¿Qué?

—La señorita Fernández... —repitió con mucha sorna la morena.

—¿Por qué lo niega vd?—dijo la rubia—¿Qué tiene eso de malo?

—Señoritas, si yo no niego, ni afirmo!...

—¡Sí niega!—exclamaron á una.

—No acierto á comprender á ustedes....

La parlanchina me miró de hito en hito, hasta que no pudo más, y riendo me dijo:

—Vaya, pues, como vd. no ha de confesarlo, se lo diré: ya sabemos que vd. es novio de Gabriela Fernández.

—Están ustedes engañadas....

—Vea vd. que nos lo dijo persona que lo sabe.

—¡Pues no es verdad!

Iba á contestarme cuando apareció al fin de la calle mi señor don Juan. Vióle la rubia y dió el grito de alarma:

—¡Ahí viene papá!

Y las muchachas echaron á correr.





XXXII

Despidióse el año, como suele despedirse en Villaverde y en la vecina Pluviosilla, con nieblas y brumas. Montañas y valles permanecen velados durante algunas semanas, y sólo de cuando en cuando, de mañanita, asoma el sol su rostro paliducho á través de las gasas, como para decir á los villaverdinos que no ha muerto, que ya le tendrán, el mejor día, muy guapo y rozagante.

Acabó Diciembre, nos dijo adiós, y se fué, casi sin ser visto, mientras la gente corría hacia los templos á dar gracias, á pedir mercedes para el año nuevo, ó se entretenía, alegre y divertida, jugando los cuartos en polacas y loterías. Desde la noche de Navidad no fuí á la Plaza. No

tardaría en llegar el P. Herrera, y, como era posible que Angelina se fuera con él, quería yo gozar de los pocos días de felicidad que me quedaban. La pobre niña no volvió á hablar de viaje. Se apresuró á disponer la recámara de su protector. Convinimos en que mi habitación era la más cómoda, y, aunque las tías se empeñaron en dejarle la suya, decidióse que el huésped ocupara la mía.

En dos por tres quedó arreglada y lista, con su cama que alceaba, y su escritorio, y su lavabo, y cuanto era indispensable. Nada faltaba allí, ni el reclinatorio. El P. Solis nos prestó uno muy elegante, con un crucifijo muy devoto.

—Venga á cualquiera hora;—decía la joven—que venga, que todo está listo!

Linilla sonreía alegremente, pensando en la próxima llegada de su protector; pero no podía disimular su tristeza. A cada rato bajaba los ojos, y se ponía pensativa y suspiradora. La atormentaba, sin duda, la idea de que iba á separarse de la enferma, y como si quisiera dejarle grato recuerdo de sus cuidados, la pobre niña se extremaba en todo cuanto á la anciana se refería.

—¿No lo ves, Rorró?—solía decirme al oído la tía Pepa—¿No lo ves? ¡Esta niña es un ángel!

Mira, mira cómo atiende á tu tía! ¡Qué mimos! ¡Qué paciencia!

No sólo Angelina estaba triste; yo lo estaba también. Sólo de recordar que se iba se me oprimía el corazón, se me obscurecía el mundo. ¿Qué haría yo sin ella? ¿Qué sería de mí sin la palabra consoladora de Angelina? Ella era la única que poseía el secreto de mis tristezas; sólo ella sabía darme aliento y ánimo.

Frecuentemente me encerraba yo en mi recámara para dar rienda suelta á mis cavilaciones y melancolías. Allí pasaba yo horas y horas.

—¿Estás enfermo?—me preguntaban las tías—Dí qué tienes. . . .

«¡Vaya si soy desgraciado!—pensaba yo, tendido en el lecho—Llegué á mi casa descorazonado y abatido, y cuando creía encontrar aquí dichas y alegrías, no hallé más que penas y tristezas. Angelina ha sido para mí como un ángel salvador. A ella he confiado mis pesares; en ella he puesto mi cariño; me amó, me ama, y cuando su amor iluminaba mi alma con celestes claridades; cuando de ella recibía mi corazón vigor y fortaleza, se va, y me deja. . . . Se irá, y en esta casa se acabará toda alegría. . . . ¡Adiós amorosas pláticas! ¡Adiós gratas lecturas! Las plantas

que los dos hemos sembrado prosperarán, se cubrirán de follaje, se llenarán de flores. . . . ¡Y Linilla no las verá! . . . » Y volviendo á mi mana poética me daba yo á repetir aquello de nuestro Carpio:

*“De qué me sirven los jacintos rojos,
el lirio azul y el loto de la fuente. . . .”*

Pero Angelina no se olvidará de mí; ni yo la olvidaré; me escribirá, y le escribiré, cada semana. . . . ¡todos los días! Pero ¡ay! no la veré en muchos meses, tal vez en muchos años, porque al P. Herrera no le gusta separarse de su parroquia. Puede suceder que Linilla no me escriba; no habrá quien traiga las cartas, y pasarán días y más días, y yo. . . . ¡sin saber de Angelina!»

A decir verdad, estaba yo enamorado como un loco. No era mi amor aquel amor de niño, tímido, vago, ensoñador, que me inspiró Matilde; cariño melancólico, nacido en un juego, alimentado por las predilecciones de una chiquilla graciosa y admirada, y breve y fugitivo en sus anhelos; dulce amor que dulcificó la vida del pobre estudiante; pálido fulgor de la aurora juvenil que inundó de reflejos primaverales los claustros solitarios de un colegio sombrío; amor que no con-

seguí arrancar de mi alma en muchos años; que aun suele estremecer mi corazón, porque ni atrevidos devaneos, ni abrasadoras pasiones, ni crueles desengaños lograron aniquilarle en mí. Ahora todavía, después de tantos años, suspiro á veces por la donairosa niña, objeto de mi primer amor. Matilde ha sido, viva y muerta, temida rival para cuantas me han amado. Su nombre se me ha escapado de los labios, involuntariamente, cuando iba yo á decir el de otra mujer, y acaso sea el último que salga de mi boca á la hora de morir.

El amor que Angelina me inspiraba no era ése que nos promete dichas y venturas, lisonjeando nuestra vanidad, halagando nuestro orgullo, y despertando risueñas esperanzas; ni ese otro abrasador, apasionado, que nos encadena á las plantas de soberbia beldad, sumisos á su capricho, esclavos de su hermosura, desesperados si nos desdeña, locos de felicidad si nos favorece con una sonrisa. No; era purísimo y desinteresado afecto; sentimiento de profundo dolor que sólo parece traer desgracias, que sólo nace y vive para llorar, y que libre de sensuales impurezas es una eterna aspiración al cielo. Amaba yo á Angelina, la amaba con toda el alma, y no por

hermosa, sino por buena y desgraciada. Creía yo que mi madre bendecía desde el cielo aquellos amores sencillos, puros, inmaculados como el lirio silvestre que abre su nítida corola al borde de un abismo, entre los iris de espumosa cascada, allí donde no ha de tocarle la mano del hombre. Amaba yo á Angelina, y quería yo ser digno de ella, para que la pobre huérfana compartiera conmigo sus desgracias y su orfandad, y tuviera en mí un amigo, un hermano, un compañero de infortunios. Acaño algún día, andando el tiempo, se mudaría mi suerte, y me sería dable ofrecerle cuanto el hombre gusta de poner á los pies de la mujer amada.

Pero hasta allá no iban mis deseos sino vagamente. Amor, abnegación, sacrificio; estos eran los móviles de mi cariño, nobilísimos sin duda, y que no han vuelto á conmovier mi corazón. Después. . . . he amado, he amado muchas veces, pero nunca, como entonces, me he sentido capaz de tamaños heroísmos.

¡Romanticismo! ¡Locura!—exclamarán muchos al leer estas páginas.—¡Idealismo!—dirán los desengañados, los hijos de esta generación egoísta y sensual. Pero aquellos que hace cinco lustros eran jóvenes, esos dirán que los mozos de en-

tonces eran más felices que los de ahora; que aquella juventud aparentemente melancólica, plañidera y sentimental, valía más por la pureza del sentimiento y la hidalguía del corazón, que ésta de los actuales tiempos, tan alegre al parecer, y en realidad tan triste y desconsolada, precozmente envejecida y prematuramente codiciosa.

